

¿Quién eres tú?

¿Cómo te atreviste
a ser áspero conmigo,
que jamás levanté el brazo
al Cielo para saludar a un General,
ni me senté a mesa presidida
por su efigie, ni comí de sus viandas,
marcadas con el Víctor de crímenes,
negaciones y ofensas a toda verdad,
toda bondad y toda belleza?

¿Quién eres tú?

No sólo habitas el denso vómito
de tu Salvador, el General,
sino que aún te permites asperezas
conmigo, que únicamente tengo un Salvador,
señalado por el dedo de mi madre:
mi Señor Jesucristo.

¿Quién eres tú?

No sólo chupas de la mentira
y la necesidad, que siempre sirven
a un Amo, bajo el nombre de eficacia,
sino que decides lanzar un escupitajo
de whisky sobre la Inteligencia.

*

Hombres caderosos y ventrudos,
vestidos de pantalón militar
y cruz gamada al brazo,
fueron ásperos.

Pero Bizancio les venció,
y también los tenderos de Kansas.

Quisieron la aspereza para lograr
la fuerza: tal es la mímica del débil,
del huérfano de afecto.

En su hogar pordioseaban una mirada,
o tal vez de una furcia, pagada
con dinero del Partido.

Bizancio les venció,
y también los tenderos de Kansas.

(Gracias a ellos, yo puedo escribirte,
sin miedo, así.)

Su propia mímica les ofrecía
lo real disfrazado conforme
a su mímica convenía.

Así, de las cosas según el Logos,
hicieron las cosas según el Partido.

Mas la filosofía muestra
que la filosofía deja las cosas

como están, si bien conceptualizadas.

Eso significa que todos

los sucesos y hombres son un Algo,

que es el Mundo, y que, desde allí,

debemos interpretarlos, si hemos

de hacer teorías; no, precisamente,

desde lo que dice el Partido,

o nuestra debilidad y temor.

Los campesinos rusos aplastaron

con piedras las cabezas de los ásperos.

Los tenderos de Kansas, mascando chicle,

les hirieron, desde el aire, por la espalda.

No hay débiles a priori, como quieres;

nadie puede ser despreciado por quien

precisa despreciar para configurarse

sustancia linda e importante.

(Se demostró que orinar sobre inoxidable

no es superior a orinar sobre barro,

sino una triste diferenciación.)

*

Esto me enseñó mi madre:

no digas débil, inferior, a nadie.

No necesites maltratar para ensalzarte.

Tal vez tengamos derecho a insultar,
a matar, pero nunca a ser ásperos,
que es un apriori de desamor a lo creado.
Se describe la aspereza como atributo
extenso del lacayo. (Habrás observado
que todos los ujieres transmutan inferior
a quienes advienen a sus mesas con el solo
poder de la palabra que pregunta.
Ciertamente, los ujieres experimentan
necesidad de engrandecerse.)
Esta es la dialéctica
Del Amo y del Lacayo:
que la aspereza
expresa la seguridad
que por tener Amo siente el Lacayo.

*

En el Día del Gran Juicio
habrá, sin duda, dos conjuntos.
En el uno se hallarán los ásperos,
completamente separados,
con la cruz gamada de señal
sobre la frente.
En el otro, los pecadores y los justos.

Aquel Día estaré en el segundo conjunto,
con los pecadores y los justos formaré
una clase, porque no desprecié a priori
ni hubo para mí inferior necesario.

Tampoco tuve Conductor, Führer, Caudillo
ni Salvador alguno,
excepto mi Salvador Jesucristo.

Ningún General me nombrará tribuno,
nuncio del General ni su Agente,
porque no sé alzar una copa
en la fiesta onomástica del Conductor.

No es esto ley moral en mí,
ni imperio de ninguna voluntad,
sino cumplimiento de la determinación
que mi madre puso en su parto:

Sin duda, ella no me parió para
que levantara el brazo ante un General.

La maldita altivez del áspero
ultrajó así el parto de mi madre.

La Inteligencia llama a esto
lo que en modo alguno se puede
tolerar, aunque cien Caudillos
y Salvadores den seguridad al Lacayo.